

<https://doi.org/10.32735/S0718-2201202000050779>

97-111

DESPLAZAMIENTOS Y APROPIACIONES: LA CONSTRUCCIÓN DEL YO EN *VOLVERSE PALESTINA*, DE LINA MERUANE

Displacements and appropriations: the construction of the self in Volverse Palestina, by Lina Meruane

ALEJANDRA OCHOA PROVOSTE
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES (CHILE)
alejandra.ochoa@udp.cl

Resumen

En el presente trabajo nos interesa indagar cómo se construye el yo del texto referencial *Volverse Palestina*, de la escritora chilena Lina Meruane, problematizando la relación entre migración y los temas de memoria e identidad. Nuestra propuesta de lectura se pregunta por el sentido que adquieren los géneros elegidos por la autora para llevar a cabo el ejercicio de memoria y el ejercicio testimonial. Se evidencia en el análisis el desplazamiento de los propósitos discursivos del formato árbol genealógico y del género crónica de viaje, la apropiación político-discursiva del mandato judío de hacer memoria y la emergencia de cartografías migrantes imaginadas.

Palabras clave: autobiografía; memoria; migrancia palestina; identidad chilena.

Abstract:

In this paper we are interested in investigating how the I of the referential text *Volverse Palestina*, by the Chilean writer Lina Meruane, is constructed, problematizing the relationship between migration and the themes of memory and identity. Our reading proposal asks about the meaning acquired by the genres chosen by the author to carry out memory and testimonial exercises. The analysis shows the displacement of discursive purposes of the family tree format and of the travel chronic genre, the political-discursive appropriation of the Jewish mandate to remember and the emergence of imagined migrant cartographies.

Key words: autobiography; memory; Palestinian migration; Chilean identity

1. INTRODUCCIÓN

La escritura de Lina Meruane (1970) ha transitado por la narrativa y el ensayo. La crítica la ha incluido en la generación de escritores chilenos que creció en dictadura en las décadas del 70 y 80 o los primeros años de la transición en la década del 90. Compartiría con su generación el interés por la construcción de relatos que privilegian la relación entre lo autobiográfico y la memoria (Rojas, 2015). Mencionamos a modo de ejemplo la novela *Cercada*, publicada el año 2000 (y reeditada en 2014), que ha sido estudiada como relato de filiación (Amaro, 2014). Ha incursionado además en la escritura autoficcional con la novela *Sangre en el ojo* (2012). De su producción ensayística destacan *Viajes virales* (2012, 2014) y la diatriba *Contra los hijos* (2015).

La primacía del yo abre una perspectiva de lectura de su obra, en la que se puede seriar *Sangre en el ojo*, que profundiza el tema del yo por medio de la autoficción¹, para continuar con *Volverse Palestina*, texto publicado en 2014 en su versión definitiva, y que según la propia autora es: "...un híbrido, un libro atravesado por un yo, Lina Meruane, que primero cuenta la experiencia vital de regresar, y que luego va a la biblioteca y da cuenta de lo que sucede en el mundo intelectual en torno al tema palestino"². El yo autobiográfico de *Volverse Palestina* relata un viaje, tanto a su pasado familiar chileno como al origen de su estirpe –en Beit Jala–. Se constituye como un sujeto que hace memoria, que testimonia el presente y que estudia el origen de un conflicto histórico. Así entonces, memoria y testimonio aparecen anudados en esta *escritura del yo* de Meruane, por lo que nos parece pertinente considerar lo que Beatriz Sarlo ha llamado el ‘giro subjetivo’ propio de fines del siglo XX; un reordenamiento ideológico y conceptual del pasado, que ha devuelto primacía a la subjetividad:

Se ha restaurado la *razón del sujeto*, que fue, hace décadas, mera “ideología” o “falsa conciencia”, (...) En consecuencia, la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada (p. 22).

En el marco de esta primacía de la subjetividad en la escritura de fines del siglo XX, los géneros de la memoria han sido estudiados de manera sistemática en Hispanoamérica.³ Leonor Arfuch utiliza la denominación “espacios (auto) biográficos”, como un constructo que permite analizar las escrituras del yo, en articulación con la memoria histórica. Los espacios (auto) biográficos, entendidos como “horizonte de inteligibilidad” (Arfuch, 2014, p. 70), cobijan expresiones como la autoficción, la afirmación de identidades colectivas, el relato de experiencias traumáticas, las historias de vida de migrantes, etc., sobrepasando el estudio canónico de los géneros y su jerarquía (pp.70-71). Entenderemos el texto *Volverse Palestina* como parte de ese espacio (auto) biográfico.

¹ Para un análisis de la autoficción en Meruane, véase Amaro, Lorena (2014). “La pose autobiográfica”. *Dossier*, Revista de la Facultad de Comunicación y Letras UDP. Diciembre 2015 y Velayos, Beatriz (2017). “Estancias en las fronteras del género: autoficción y posmemoria en *Sangre en el ojo*, de Lina Meruane. *Impossibilia. Revista internacional de estudios literarios* (pp.168-186).

² González Harbour, B. (2016). Lina Meruane: Soy afuerina y por tanto sospechosa. España, Diario *El País*. Publicado en <http://cultura.elpais.com/> 15 de abril.

³ Las “escrituras del yo” han sido tema preferente de las argentinas Leonor Arfuch (2010), en *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* y de Silvia Molloy, en *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, quienes usan categorías inclusivas para estudiar esta producción, a diferencia de Leonidas Morales (2013), quien privilegia la diferenciación genérica para el estudio de lo que él denomina los géneros referenciales, en *La escritura de al lado. Géneros referenciales*.

Ciertamente, se trata de una perspectiva de análisis que se puede enlazar con la de Andreas Huyssen, quien utiliza el término “cultura de la memoria transnacional” para referirse al notorio interés contemporáneo por el pasado y su emergencia discursiva subjetivada, en un momento histórico que contrasta con el imaginario del siglo XX y su anclaje emancipatorio y utópico (Huyssen 2011, pp. 183-184). Lo transnacional problematiza la oposición entre memoria nacional y memoria diaspórica, esta última, referida a aquella que surge de comunidades desplazadas o migrantes, y la que –de acuerdo con Huyssen–, ha sido menos estudiada o considerada –siquiera como minoría– dentro del constructo de lo nacional contemporáneo. Nuestro recorrido de lectura privilegiará la construcción de ese yo que habla en el texto, como parte de una comunidad desplazada.

2. ESCRITURA MIGRANTE

Quien recuerda y escribe en *Volverse Palestina* lo hace desde una particular posición; en un permanente tránsito personal, de Santiago de Chile a Nueva York, a Madrid y a otras ciudades europeas, Lina Meruane investiga su pasado familiar chileno-palestino y de manera casi paralela prepara su viaje a Beit Jala, en Cisjordania o Palestina, de donde provienen sus abuelos. Recordemos que la migración árabe a América y Chile tiene como principal causa el desmembramiento del Imperio Otomano, con su consecuente crisis económica y política. Estos inmigrantes, la mayoría sirios, palestinos y libaneses, llegaron a América en olas migratorias desde fines del siglo XIX hasta aproximadamente 1930. Los que emigraban pertenecían predominantemente a una minoría cristiana ortodoxa, históricamente más cercana a Occidente, y que experimentaban cierta discriminación de parte de la población musulmana. En Chile, la mayoría eran palestinos que provenían de dos poblados, Belén y Beit Jala, quienes se distribuyeron a lo largo del país (Cánovas, 2011; Olgún y Peña, 1990).

Respecto de la relación entre los migrantes árabes y el mundo nacional que los recibe, existiría cierto consenso respecto del fenómeno de la asimilación, ya que los árabes se integraron, sin mayores dificultades, a la sociedad (Olgún y Peña, 1990, p.154). Asimismo, Cánovas expresa que “. . . la opinión generalizada es que los árabes privilegiaron la asimilación cultural (la adopción de pautas del país de acogida), teniendo en cuenta las posibilidades reales de iniciar una nueva vida en Chile que implicaba una mejoría económica” (Cánovas, 2011, p. 172); sin embargo, el proyecto de asimilación tuvo que recorrer un largo camino, luchando contra la “turcofobia” (Rebolledo, 1994), la particular discriminación que sufrió en Chile la población árabe migrante, que viajaba con el pasaporte turco de los invasores.

La literatura árabe en Chile que se escribe en el siglo XX presenta ciertos núcleos temáticos que tienen que ver precisamente con su desplazamiento: la relación entre origen y destino; con la preocupación identitaria, por una parte, y con los procesos de adaptación

en una nueva sociedad, por otra. Se privilegia el relato de vidas y costumbres en el país de origen, de un viaje desde el lugar natal hasta la instalación en un nuevo país, la búsqueda de reconocimiento de parte de los nuevos connacionales, cuya recepción fue en general percibida como discriminatoria por los recién llegados (Cánovas, 2011, pp. 195,197). Destacan, entre otras novelas, *Memorias de un emigrante* (1942), del escritor nacido en Siria, Benedicto Chuaqui; *Los Turcos* (1961), de Roberto Sarah y *El viajero de la alfombra mágica* (1991), de Walter Garib (ambos descendientes palestinos); *Nahima. La larga historia de mi madre* (2001), de Edith Chahín (de ascendencia siria) (Cánovas, 2011; Samamé, 2003).

Lina Meruane, al incorporar una nueva temática a su escritura, vinculada al trabajo con la memoria de la migrancia palestina en el país, dialoga con este corpus antes descrito, pero desde una perspectiva que señala una diferencia epocal, signada por la globalización de los flujos migratorios y por el interés contemporáneo por el pasado, que –en su caso– la hace enlazar la historia nacional con los actuales avatares del pueblo palestino. En este contexto, entenderemos *Volverse Palestina* como un texto que forma parte del espacio autobiográfico transnacional, subrayándose en esta escritura la “implicación subjetiva” de su autora, debido a su ascendencia palestina reclamada. Beatriz Sarlo introduce el término *implicación subjetiva* cuando problematiza el concepto de *posmemoria*, al que entiende como memoria de segunda generación, concluyendo que lo que caracteriza la memoria de los hijos es la implicación subjetiva: “El historiador recorre los diarios, tanto como el hijo de un secuestrado por la dictadura mira fotografías. Lo que los distingue no es el carácter *post* de la actividad que realizan, sino la implicación subjetiva en los hechos representados” (p.130).

Nos interesa indagar cómo se construye el yo de *Volverse Palestina*, problematizando la relación entre el desplazamiento y la memoria e identidad de una generación de escritores que reivindica su pasado. ¿Qué formas discursivas son las elegidas por la autora para llevar a cabo el ejercicio de memoria y el ejercicio testimonial? ¿Qué figura de autor emerge de esta escritura? ¿Qué sentidos adquiere la escritura autobiográfica en *Volverse Palestina*?

3. LA ESCRITURA DE LAHIJA. EL ÁRBOL GENEALÓGICO

El texto que nos ocupa está conformado por dos secciones. “Volverse Palestina” y “Volvemos otros”. En la primera, hay tres capítulos: “La agonía de las cosas”, “El llamando palestino” y “Palestina en pedazos”. En esta primera sección, el yo autobiográfico relata un “regreso” al origen de su estirpe; utilizará para ello el formato árbol genealógico y el género crónica de viaje. La segunda sección no tiene capítulos y corresponde a un ensayo acerca del problema palestino-israelí, escrito un año después del viaje a Territorio Palestino y que también tiene una fuerte presencia autorial.

Es la autora *Lina Meruane* en tanto hija, quien inicia el proceso indagatorio de su pasado, recurriendo a fuentes testimoniales familiares que la conectan dialógicamente con ese “rumor de fondo” (p. 17) que es su casi olvidada herencia palestina. En sucesivos encuentros con sus familiares, pues la autora hace muchos años que no vive en el país, va haciendo memoria, recopilando información de su padre y tías acerca de la llegada del abuelo a Chile. Efectivamente, el primer Meruane que emigra a Chile es un ejemplo de la diáspora palestina: el abuelo proviene de Beit Jala, y al parecer también la abuela; son parientes lejanos, pero se conocen en Chile. El abuelo ha vivido antes al sur de Chile, en Toltén, trabajando en un molino con sus hermanos mayores. Posteriormente se instala en una ciudad de provincia al norte de Santiago y donde vive la familia durante sus primeros años. En el presente de la enunciación la casa familiar se ha quemado y tampoco existe la antigua tienda, que fue vendida a la muerte del abuelo:

Se deshicieron también de la tienda de la esquina donde mi abuelo vendía telas por metro sacadas de las empresas textiles de los Yarur y de los Hirmas, y ropa hecha (...) y zapatos traídos de las fábricas de la calle Independencia. Casimires de Bellavista Tomé y rollos de seda, precisa mi padre y la cabeza se me llena de hilachas y de texturas, de colores. Pero no queda de eso ya más que imágenes... (pp. 23-24).

La vida de esta familia ha transcurrido en la provincia, como la de muchos otros palestinos, y está ligada, para las primeras generaciones llegadas a Chile, al comercio ambulante. En la historia que relata Meruane, ambos abuelos comerciaban: en una de las versiones, la abuela vendía alimentos en la estación de trenes cuando conoció a su marido y el abuelo, por su parte, recorría el sur en representación de una distribuidora de géneros. La familia emigra posteriormente a Santiago, para proseguir la educación de los hijos.

Esta cita opera, además, como suma sintética de la vida cotidiana de las primeras generaciones de árabes y palestinos en Chile. Posteriormente a la etapa del comercio ambulante, se avanza a la siguiente: la instalación de una tienda, con la consiguiente estabilidad económica y ascenso social. Pero, además, la referencia a las industrias textiles refuerza la pertenencia a una comunidad migrante que fue parte fundamental del desarrollo económico del país durante el siglo XX, basado en una industria manufacturera orientada al mercado interno y a la sustitución de importaciones. El relato genealógico familiar se entreteje con la historia nacional, la de la migración árabe en Chile, cuya lectura explícita la propia autora: “Estoy en Chile, planteándole a mi padre visitar acaso por última vez su ciudad-de-provincia, haciendo preguntas, tomando notas, investigando en línea, leyendo la historia de la inmigración...” (p.43). La cita previa es un ejemplo de esa complementariedad con la historia pública, al poner en interrelación el trabajo del abuelo con la producción textil de las familias palestinas exitosas y conocidas públicamente.

Según señala Molloy (2001), en las autobiografías hispanoamericanas intervienen dos tipos de memoria que se complementan: la memoria individual y la memoria colectiva

que desea preservar el pasado de una comunidad, de la que, “como testigo autodesignado, el autobiógrafo es miembro privilegiado” (p. 220). En su texto, Meruane va entrecruzando episodios familiares con información histórica de dicha inmigración. A modo de ejemplo, un viaje familiar a la antigua casa de su abuelo se vincula con el desplazamiento de sus antepasados:

Nuestra travesía carece del dramatismo que el viaje a este valle tuvo para los primeros inmigrantes. Pienso en la historia de esos periplos prometedores pero sobre todo penosos (...) los barcos zarpaban desde Haifa y descansaban en algún puerto del Mediterráneo, antes de continuar a América con sus sótanos de tercera llenos de árabes, de ratones, de cucarachas hambrientas (p.25).

La historia familiar es puesta en perspectiva comunitaria, privilegiando la odisea colectiva original, periplo que adquiere un estatuto heroico que debiera ser recordado como parte de la historia nacional, especialmente porque no tuvo apoyo del Estado chileno pues como destaca la autora, “a diferencia de la inmigración europea, no fue apoyada por ningún gobierno ni recibió subsidio alguno” (p. 25).

Una de las versiones del primer encuentro entre los abuelos –y que recoge la autora– es que su futura mujer, según el abuelo, estaba sola en la estación de trenes, con un canasto de mimbre, vendiendo comida a los viajeros, relato que habría molestado a la abuela y del que la narradora reflexiona: “Qué más daría si fuera cierto, pienso yo, y ella no fuera más que una vendedora ambulante como muchos de los árabes de entonces” (p. 28). Más adelante, recogiendo las versiones de los trabajos del abuelo, el padre de la autora le señala que su progenitor no fue vendedor ambulante, sino representante de una distribuidora de géneros. Meruane expresa que su padre insiste en esa diferencia, “riguroso con unos datos que no hacen falta, que ni siquiera me importan pero que a él parecen señalarle un lugar social.” (p. 31). Frente al deseo de ascenso social de su familia, la escritora se presenta a sí misma como un sujeto situado más allá de ese anhelo, privilegiando la historia de esfuerzo de sus antepasados y una perspectiva de clase que se alejaría de lo aspiracional.

En relación con el proceso de asimilación de los árabes que han emigrado a Chile, la autora, situada en el presente de la enunciación, abre su texto con una proyección de lo que pudo ser si los territorios palestinos no hubiesen sido ocupados: “Como la vida de tantos palestinos que ya no pudieron o no quisieron regresar (...) palestinos que llegaron a sentirse, como mis abuelos, chilenos comunes y corrientes” y cuyas lápidas han sido olvidadas en algún cementerio (p. 19); más adelante vuelve a expresar la misma idea, pero respecto de la migración palestina musulmana actual: “Son todos refugiados que mi país acoge y que quizás con el tiempo se vuelvan chilenos comunes y corrientes. Como yo” (p. 40). Una perspectiva que expone dicha asimilación como un hecho y posiblemente como una pérdida parcial de identidad: “chilenos comunes y corrientes”. Si los estudios acerca de la migración árabe en Chile han destacado el deseo de

asimilación que muestra esta población (Cánovas, 2011; Olguín y Peña, 1990; Samamé, 2003), la autora de *Volverse Palestina* se distanciaría ideológicamente de su tribu, pues precisamente el deseo de asimilación y el anhelo de ascenso social son los fenómenos que explicarían la imposible reconstrucción el árbol familiar que se textualiza en *Volverse Palestina*.

La autora va registrando los hechos de la historia familiar y paralelamente va dejando constancia a lo largo del relato de la imposibilidad de un relato unívoco: “La recapitulación del pasado se ha vuelto dudosa incluso para mi padre. No le contaron suficiente o no prestó atención o lo que le llegó era material demasiado reciclado” (pp. 20-21). Surgen entonces otras voces, que aportan sus propias versiones: son las hermanas del padre las depositarias de la tradición familiar, y no el propio padre, que es representado en sus silencios, más que en una expansión comunicativa. Sin embargo, es en el encuentro de la autora con sus parientas lejanas de Beit Jala, a donde ha ido a visitarlas desde la ciudad de Jaffa en la que se hospeda, cuando mejor se evidencia la inexactitud de la información respecto del origen familiar:

Miryam, que lleva un Meruane detrás del Abu Awad, me interrumpe con ese castellano gastado de los ya lejanos años que pasó en Chile: Ustedes no son Meruane. (...) ¿Cómo que no somos Meruane? No, dice, sin agitarse. Ustedes son Saba ¿Sabaj? Pregunto yo casi afirmando, Sabaj o Sapaj, porque esa parte de mi familia recibió nombres distintos al ingresar a Chile. No, no, repite y afirma: Saba. Los Sabaj son otros (p. 76).

Aun cuando posterior a este diálogo la hermana de Myriam la asume como pariente, la duda queda planteada y no se resuelve. En esta visita se menciona además la única foto familiar: “Pero ese retrato es todo lo que hay de nosotros aquí, esta única imagen en sepia y estas mujeres que la atesoran” (p. 78). Se trata de la última reliquia en Beit Jala. No hay voz familiar que permita una versión última, por lo que el árbol genealógico de la familia aparece signado por la incerteza. La distancia, geográfica e idiomática, impedirían desambiguar las versiones de sus familiares en Beit Jala; la reconstrucción del árbol familiar queda en suspenso, pues la autora se pregunta: “. . . si nosotros no somos Meruane, entonces, quién soy yo” (p. 77). Se simboliza así la identidad diaspórica palestina en tanto eterno desplazamiento. El formato árbol genealógico se desplaza y se difumina en el transcurso del viaje y su registro en la crónica.

Esta primera sección de *Volverse Palestina*, “La agonía de las cosas”, cierra con un viaje familiar en auto a la ciudad de provincia. El padre ha comentado que la ciudad ha rendido un homenaje a sus antiguos comerciantes, entre ellos, al abuelo: una calle recién inaugurada llevará su nombre. Visitan la casa incendiada y luego derruida por un terremoto: “Ahí queda la puerta de madera clavada a la vereda aguantando hasta el próximo remezón” (p. 33), para posteriormente buscar la calle recién estrenada:

Vistas así, mayúsculas, las letras SALVADOR MERUANE sobre una endeble plancha de metal, así, tan deslavadas, como si el pintor hubiera olvidado darle la segunda mano y recubrirla con una capa de barniz protector, (...) Miramos ese oxidado apellido un par de minutos hasta que se nos gastan las sonrisas del instante ante la cámara (p. 36).

Símbolo de la memoria palestina, pública y privada, solo quedan las fotos de un cartelito en la provincia, haciendo serie con la puerta de la casa inhabitable y con las llaves perdidas de los palestinos obligados a desplazarse. La autora hará un símil entre la casa deshabitada del abuelo y las casas deshabitadas de Palestina:

...silencio entre los escombros de barrios hundidos a la vera de los caminos para evitar el retorno de sus habitantes. (...) Silencio acumulándose por los pasillos de la casa clausurada de mi abuelo después de su muerte, después del incendio, después del terremoto. Llaves que nadie guardó. Todas ruinas mudas de la historia palestina (p. 117).

Un encadenamiento de restos que permite simbolizar el relato de la genealogía familiar. El ejercicio de la memoria solo posibilitó una reconstrucción fragmentaria, inacabada.

4. CRÓNICA DE VIAJE: APENAS ALCANZAR A VER (SE)

El capítulo III “Palestina en pedazos” puede leerse como una crónica de viaje, en la que la autora deja registro de su recorrido por el territorio palestino. Se trata de la crónica de un yo implicado personalmente en esa travesía, que recorrerá Cisjordania con el propósito de conocer el lugar de origen, lo que incluye visitar a familiares que viven en Beit Jala y, en paralelo, conocer la situación actual en la que viven los palestinos. La crónica que de estos propósitos surge, funciona como testimonio de un conflicto extendido en el tiempo por 70 años.⁴

La autora va entregando información biográfica que antecede al viaje: tiene amistades transnacionales que la invitan: un escritor judío uruguayo casado con una palestina musulmana y que vive en Jaffa (o Yaffo en hebreo), una ciudad muy cercana a Tel Aviv. Sin embargo, en la génesis de su viaje hay otros antecedentes que funcionan como símbolos tanto de la migración transnacional como de lo imperativo del viaje: en un espacio urbano como Nueva York es posible el encuentro con otros palestinos emigrados que de alguna manera la impulsan a concretar el viaje de vuelta al origen: los diálogos con el taxista de nombre Jasser y con un alumno llamado Hamza le permiten dar a conocer,

⁴ El conflicto de los palestinos con el Estado de Israel comenzó en 1948, tras la declaración de independencia israelí.

en clave entrevista indirecta, la diáspora palestina y, simultáneamente, evidenciar el proceso de asumirse como palestina: “Usted es una palestina, usted es una exiliada. ¿Usted no conoce su tierra?” (p. 40), le dice el taxista migrante cuando se entera de que es una chilena descendiente de palestinos. Hamza, el estudiante, hijo y nieto de desplazados políticos, le pregunta: “Y cómo es que no conoce Palestina si usted puede entrar ?” (p. 50), a diferencia de él y de su familia, quienes tienen prohibido el ingreso. Es la ciudad de New York la que posibilita esta convivencia diaspórica, que después se verá complementada con la presencia de mujeres judías con las que la autora establece relaciones de vecindad.

El viaje se inicia en el aeropuerto de Londres: se ingresa a otro circuito, por el solo hecho de viajar en la línea aérea nacional de Israel, ubicada en un extremo de Heathrow. La cronista se acerca a las dependencias de El Al, en ruta a Palestina, haciendo un símil con la historia chilena: “Pronto detecto a los agentes de la seguridad israelí, son idénticos a los tiras de la dictadura chilena. Los mismos anteojos oscuros de marco metálico, el mismo corte de pelo militar, el mismo modo tieso al andar. El rostro seco” (p. 59). El episodio que mejor ilustra la entrada al territorio de guerra es la escena del interrogatorio, previo al embarque, la que se relata de forma extendida, incluido el detalle de las agujas de insulina que porta la cronista diabética y que generan aún más sospecha de parte de los funcionarios israelíes: “Me meto la mano entre las tetas y extraigo el aparato que me mantiene viva. Tiro del cable que la conecta a mi cuerpo para que comprenda que más allá de su vista hay una aguja que se inserta debajo de mi ombligo” (p. 64). El viaje a Palestina ha comenzado con el lector instalado en un escenario de guerra, que la cronista cerrará con el siguiente comentario: “Una voz susurraba, dulcemente, su propaganda. El Al no es solo una aerolínea. Es Israel (p. 66). Al llegar a casa de sus anfitriones en Jaffa, la cronista reflexiona acerca de lo vivido en este viaje iniciático:

Tengo la certeza de que en las horas que pasé con los tiras fui más palestina que en mis cuarenta años de existencia. La palestinidad que solo defendía como diferencia cuando me llamaban turca, alguna vez, en Chile, había adquirido densidad en Heathrow. Era una gruesa cicatriz de la que ahora quería hacer alarde (p. 65).

La reflexión identitaria anterior es posible porque se ha ingresado en un espacio-tiempo otro, signado por la lógica de la guerra. Las posteriores escenas de revisión en Tel Aviv, Jerusalén, Hebrón y los constantes puestos de control no harán más que reforzar la inmersión en otras coordenadas. Además de describirse los muros que separan distintas zonas de los territorios palestinos y que también existen al interior de las propias ciudades, los puestos de control funcionan como un muro móvil. Zima, la anfitriona palestina musulmana de la autora, le señala que con los *checkpoint*, “Israel nos recuerda su soberanía sobre los territorios palestinos, que ese control forma parte de una política sistemática de acoso” (p. 83).

La cronista relata que participa de “una extraña clase de turismo” (94), cuyo recorrido se inicia en Jerusalén para conocer asentamientos, campos de refugiados y Hebrón, ciudad con mayoría palestina, pero controlada por Israel. A la entrada del asentamiento Kiryat Arba, la cronista pregunta a su guía: ¿A quién hay que temerle aquí, le pregunto a Anne cuando por fin la alcanzo: a los palestinos o al Ejército? Bajando la voz y dirigiéndola hacia mí retruca una pregunta seguida de una respuesta: ¿Para tu seguridad inmediata? A los colonos” (p. 96). La cronista los denomina “colonos *made in USA*” (p. 95), pues la mayoría procede de ese país, como por ejemplo, Baruch Goldstein, originario de Brooklyn, quien ametralló por la espalda a 29 palestinos en oración. Otro ejemplo es el colono más extremo, que vive en el asentamiento de Tel Rumeida y cuyo auto lleva el siguiente cartel: “Yo maté un árabe, ¿y tú?” (p. 98). En esa misma zona, hará registro de las “pintadas” (rayados en las murallas): “Nos detenemos ante uno, y yo leo, perpleja como todos, la línea anotada por sobrevivientes-del- holocausto o por sus hijos o nietos: “árabes a la cámara de gas” (p. 98)⁵. La cronista mira y registra –sobrecogida, señala–, acuciada por la tarea de contar antes de que sea demasiado tarde. Esta misión es particularmente urgente en el caso de Gaza, territorio al que la cronista no podrá acceder y que se describe como una gran cárcel al aire libre, rodeada de muros:

Gaza parecía cerrada con candado. La llave se la había tragado Israel y estaba bombardeando a los palestinos atrapados en su interior. (...) Era como si se empeñara en limpiar el terreno antes de abrir la cárcel. Como si fuera necesario cerrar la entrada para que nadie viera el horror de la vida y de la muerte entre sus muros. Iba a ser tarde después, pensé, cuando ya no quedara nada, cuando ya no hubiera nadie para contar cómo había sido resistir ahí dentro (p. 93).

La percepción de Gaza como espacio terminal, permea de urgencia la escritura de esta crónica de viaje. Sylvia Molloy habla de las “últimas miradas”, de “alcanzar a ver” refiriéndose al sentimiento de pérdida respecto de un pasado personal, que en este caso se amplifica a una nación y a un territorio que está desapareciendo (Molloy, 2001, p. 217). La cronista comunica que testimoniar esa resistencia es imposible, pues se trata de un territorio prohibido. Ese relato no puede escribirse.

Además de testificar acerca del escenario de guerra en los territorios palestinos, la cronista ha visitado a sus familiares lejanos en Beit Jala, ha experimentado ser mujer en territorios musulmanes y ha reflexionado respecto de ser palestina, tanto en Cisjordania como en Israel. Identidades múltiples y coexistentes que se simbolizan en la relación especular que textualiza la crónica. En la preparación de su viaje, Meruane hace parcialmente suyo el proyecto de su contraparte, un escritor de origen judío que vive en

⁵ Los rayados se escriben en inglés, la lengua franca hablada en estos territorios, de acuerdo con lo que señala la autora (p. 128).

Jaffa y que posteriormente será su anfitrión: “Lo que más me interesaba de esto era hacer una evaluación de lo que ha sido mi vida aquí. Hablar de mis orígenes y hablar de mi familia adoptiva (palestina musulmana) a la que quiero entrañablemente. Empezar por ahí, por mi vida real y mi identidad en este lugar” (p. 46). Cuando su amigo Ankar desiste del proyecto de escritura conjunta (por posibles represalias políticas), queda en pie la invitación y la autora viaja a Jaffa. Él será su primer guía, pero posteriormente esa función se desplaza a Zima, su mujer, con quien la cronista comienza a tener más cercanía. Al relatar su interrogatorio en Heathrow, Zima la asume como un par: “La mujer-escritora-musulmana de mi amigo-el-escritor-descendiente-judío se alegrará al oírme relatar la peripecia aeroportuaria cuando por fin llegue a Jaffa, o Yafo. Muy bien, felicitaciones, te reconocieron; ya eres una verdadera palestina” (p. 64). Se trata de un rito de paso en la que la heroína, habiendo cumplido ciertas pruebas, accede a otra identidad; se es palestina precisamente porque se la reconoce como otra, como enemiga. Las felicitaciones en clave irónica dan cuenta de la conciencia con la que se vive el conflicto palestino-israelí.

Zimma, al igual que su marido, es escritora y la cronista releva su férrea capacidad de trabajo y su religiosidad: “Ella se levantará para rezar (y lavarse la cara y las manos y los pies varias veces como ordena el Corán) (...) y hasta que no empiecen a llorar los niños se encerrará a escribir en el refugio blindado que este edificio, como todas las viviendas israelíes, tiene en su interior” (pp. 69-70). El destinatario de su escritura son otras mujeres musulmanas y su propuesta es un relato que se vincula a una nueva forma de vivir la religiosidad. El diálogo que se genera entre ambas culmina con la siguiente reflexión de la cronista: “Y yo asiento a todo porque comprendo lo que dice esta mujer que podría ser mi hermana, que podría haber sido yo” (p. 71).

Otro diálogo que le permite a la cronista ir hilando la información del conflicto entre palestinos e israelíes versa acerca de la condición de refugiados que para los palestinos es hereditaria; ambas reivindican la importancia de no perder la posibilidad de regresar. Este diálogo cierra con otra reflexión especular de la cronista: “Y se arregla una mecha crespa detrás de la oreja, Zima, y yo me arreglo la mía como frente a un espejo. Me imagino diciendo las mismas palabras si me hubiera tocado nacer en esta esquina violentada del mundo. Porque mi vida pudo ser esta. Con o sin hijos. Con o sin tierras. O armas” (p. 92). Estas escenas dialógicas especulares representan formalmente la implicación subjetiva de la autora. La proyección en la otra yo como símbolo de la diáspora palestina a Chile, como proyección de una otra vida en el corazón de un territorio en guerra. Sin embargo, queda claro que Zima “...no podría vivir en ningún otro lugar” (p. 106) y que la palestinidad de la cronista está en duda: “Yo no sé si he vuelto. No sé si nunca pueda” (p. 107). Casi medio siglo después, señala la autora, el conflicto le impedirá visitar Palestina, así como antes lo impidió la Guerra de los seis días a sus abuelos.

5. ¿QUIÉN DICE YO?

El yo de *Volverse Palestina* se figura autobiográficamente: es Lina Meruane, una escritora chilena de ascendencia palestina que vive en Nueva York. Si en nuestro país vivió como “una chilena común y corriente” y su palestinidad era solo un “rumor de fondo”, será en Nueva York donde iniciará el retorno al origen. Molloy señala al respecto lo siguiente: “Algún tipo de distancia marca todo acto autobiográfico, en cualquier país y en cualquier época. Su forma más sencilla es, por supuesto, geográfica” (Molloy, 2001, p. 223). Distancia en este caso buscada, pues Meruane cursa un doctorado en la Universidad de Nueva York, en la que se desempeña posteriormente como docente.

La autora se autotitula como migrante en una ciudad multicultural, recordemos a los palestinos Jasser (taxista) y Hamza (alumno), que se representan como catalizadores del viaje a Palestina; además la escritora relata que vive en un pequeño departamento de Manhattan, en un sector “... rodeado de judíos ortodoxos con cachirulos los hombres, con pelucas y largos vestidos negros las mujeres” (p. 104), y tiene amistad con Moriah, quien le cuenta la historia previamente contada en yidish de su madre judía rusa, que escapa de los pogromos; es vecina de Aviva, quien pasó por un campo de concentración, vecina de un rabino contrario a la existencia de Israel porque lee literalmente la Torá, y la escritura sagrada ordena que Israel solo podrá existir cuando regrese el Mesías” (p. 105). En las cercanías hay una sinagoga, en donde escucha en alguna ocasión a tres judíos-ortodoxos que hablan de la guerra en Gaza. “Que los maten a todos, de una vez por todas, dice uno, y lanza un insulto,” (p. 184). Una ciudad en la que la presencia judía es evidente y en la que la autora hace coexistir a representantes de ambos bandos, validando la memoria del Holocausto, pero problematizando el discurso bélico que en la actualidad promueve el mundo sionista, en boca de los personajes judíos-ortodoxos de la sinagoga. Es en esa urbe tensionada que se gesta el “volverse” doblemente desplazado de Meruane; Nueva York opera como un prisma que fracciona y a veces unifica múltiples identidades, simbolizando la encrucijada vital de los desplazados y, asimismo, la perpetuación del conflicto desde el corazón de Estados Unidos.

En términos identitarios, asumir la palestinidad se figura además en *Volverse Palestina* desde la identificación racial. La figura del padre cobra especial importancia en el relato genealógico: “Pasan por mi memoria las fotografías de mi padre treintañero, su pelo corto de pequeños rizos, grandes anteojos oscuros cubriendo su piel asoleada, labios anchos como los míos” (p. 20). La escritura de la crónica también incluye episodios en los que la autora experimenta y textualiza el proceso de “transformación”: en el aeropuerto de Londres es separada del resto de los viajeros y enviada a una sala especial, en la que había “otros jóvenes morenos como yo, el pelo crespo. Gruesas cejas despeinadas sobre ojos de carbón húmedo” (p. 65). La autoconciencia de sus características físicas hace reflexionar a la autora, que reside en Nueva York, respecto de un vecino judío: “... me preguntaré si el

rabino se habrá fijado en mi apellido, (...) si reconocerá la sombra semita en mis ojeras” (p. 106). Asumirse palestina pasa también por el cuerpo y la escena del aeropuerto, relatada detalladamente y resituada en Nueva York, es una de las formas elegidas para expresarlo.

Si se piensa en la diáspora palestina, este pueblo fue forzado a migrar, no ya por el Imperio Otomano a inicio del siglo XX, como en el caso de los antepasados de la autora, sino por la creación del Estado de Israel; ese exilio se figura en *Volverse Palestina* con el epígrafe de Edward Said: “El destino de los palestinos ha sido, de algún modo, no terminar donde empezaron, sino en algún lugar inesperado y lejano” Meruane se refiere simbólicamente a Said, de quien dice “—acaso la voz más resplendente, más resonante y respetada de la diáspora palestina—” (p. 155)⁶. La autora ha trazado al primero de sus precursores, de una extensa nómina de autores que polemizan con la postura sionista en relación con el conflicto palestino-israelí posterior a 1948 y que ella analiza en su ensayo *Volvemos otros*, escrito un año después de su viaje a Palestina.

6. CONCLUSIONES

El ejercicio de hacer memoria mediante la reconstrucción del árbol genealógico y el ejercicio testimonial de la crónica de viaje son escrituras que trabajan simbólicamente con el resto, con aquello que apenas existe. Una forma de la nostalgia que la autora denomina “La agonía de las cosas” para referirse al pasado familiar fragmentario y eventualmente inventado; en el caso del testimonio, una forma inconclusa, pues la cronista apenas alcanza a ver la “franja”, aquella porción que resta y que se diferencia del territorio anexo a Israel. Ambos formatos o géneros son parcialmente deconstruidos, pues sus propósitos discursivos no se cumplen plenamente, metaforizando con ello el olvido histórico de la migración palestina en Chile y la palabra imposible frente a la negación de acceso al territorio cercado por un conflicto desigual.

En una entrevista concedida a un medio español, Lina Meruane afirmaba que: “La idea de la errancia que definió por siglos a la comunidad judía se le transfirió simbólicamente a los palestinos después de la creación del Estado de Israel”⁷. Diáspora que forma parte del núcleo temático de la literatura judía escrita en Chile y posiblemente en el mundo occidental, junto con el Holocausto. Ser desplazados es lo que unifica actualmente a ambos pueblos, lo que implica que en *Volverse Palestina* se opere mediante la apropiación del mandato judío de hacer memoria; la indagatoria en el pasado familiar

⁶Uno de sus textos más conocido es *Orientalismo*, en el que analiza críticamente la imagen que de Oriente ha construido el mundo occidental. Para revisar su obra, véase Subercaseaux, Bernardo. “Edward Said (1935-2003): desde su biografía a su postura intelectual”. *Universum (Talca)* 2005, 168-173.

⁷ González Harbour, Berna (2016). Lina Meruane: Soy afuerina y por tanto sospechosa. España, Diario *El País*. Publicado en <http://cultura.elpais.com/> 15 de abril.

migrante, la reconexión con parientes que permanecieron en Beit Jala, son las expresiones de esta apropiación, cuyo mandato de hacer memoria es obviamente político. Ante una eventual crítica por su posición acerca del conflicto palestino-israelí, Meruane define su postura, relevando un ejercicio identitario-testimonial: "...yo me digo que velitas me tocan. Las velas que arrastro prendidas desde la sangre. Las que me traje apagadas, aquella vez, de Beit Jala. Las que estoy quemando al volver por escrito a Palestina cuando se enciende el terrible bombardeo de Gaza" (p. 186), explicitando su postura política.

Con el acto de escritura se potencian ciertos eslabones de la migrancia, que establecen relaciones tanto con la escena de la partida original, representada en su heroicidad (el largo viaje en barco, la gesta de cruzar la cordillera de Los Andes), como con la proyección de otra vida posible en una especie de travesía imaginaria inversa mediante la identificación con ese "otro yo", que continúa viviendo en Palestina, trazando de este modo unas "coordenadas transoceánicas" (Arfuch, 2010, p. 211) que rearticulan las relaciones entre espacios múltiples –Beit Jala, la ciudad– de –provincia chilena, Santiago, Nueva York–. La definición que resume al yo de *Volverse Palestina*: "...no soy ni israelí ni judía ni verdaderamente palestina, solo un poco árabe de apellido inverosímil y otro poco chilena pero ciudadana de diversos conflictos" (p. 186) evidencia precisamente la autofiguración de un yo diaspórico que enriquece la cultura de la memoria de Chile.

OBRAS CITADAS

- Amaro, Lorena (2015). "La pose autobiográfica". *Dossier*, Revista de la Facultad de Comunicación y Letras UDP. Diciembre 2015.
- (2014). "Prólogo: Las armas o las letras". En Meruane, Lina. *Cercada*. Santiago: Cuneta.
- Arfuch, Leonor (2014). "Autobiografía, memoria e historia". *Clepsidra, Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*. pp. 68-81.
- (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Cánovas, Rodrigo (2011). *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert.
- Huyssen, Andreas (2011). *Modernismo después de la posmodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Meruane, Lina (2015). *Contra los hijos*. México: Tumbona.
- (2014a). *Volverse Palestina*. Barcelona: Random House.
- Molloy, Sylvia (2001). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: FCE.

- Morales, Leonidas (2013). “Memoria y géneros autobiográficos”. *Anales de Literatura Chilena*:13-24.
- Olguín, Myriam y Peña, Patricia (1990). *La inmigración árabe en Chile*. Santiago: Ediciones Instituto Chileno-Árabe de Cultura.
- Rebolledo, Antonia (1994). *La ‘turcofobia. Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950. Historia*. pp. 249-272.
- Rojas, Sergio (2015). “Profunda superficie: memoria de lo cotidiano en la literatura chilena”. *Revista Chilena de Literatura*, nº 89: 231-256.
- Samamé, Olga (2003). “Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile” Valparaíso, *Revista signos*: 51-73.
- Sarlo, Beatriz (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Argentina: Siglo XXI.
- Velayos, Beatriz (2017). “Estancias en las fronteras del género: autoficción y posmemoria en *Sangre en el ojo*, de Lina Meruane”. *Impossibilia. Revista internacional de estudios literarios*: 168-186.